

POR CARMEN VALERO
BERLÍN (ALEMANIA)

EN LA ALEMANIA nazi, unos 15.000 judíos pasaron a la clandestinidad por instinto de supervivencia, la mitad en Berlín. Al final de la guerra sólo sobrevivieron 1.700. Marie Jalowicz Simon fue una de ellos. La suya fue la lucha de una mujer contra el destino forjado por Hitler en una sociedad cómplice y sin renunciar jamás a su condición de judía.

«La tía Grete fue una de las primeras en recibir una orden de deportación, en el otoño de 1941. Los días previos a que se la llevaran fueron malos. Una conocida me aconsejó que fuera con ella, diciendo que los jóvenes debíamos cuidar a nuestros parientes mayores en el campo de concentración. Sin embargo, ya entonces el instinto me decía que todos los que iban allí iban a la muerte», cuenta Marie en el libro que ahora publica la editorial Periférica & Errata Naturae bajo el título *Clandestina*. El español era el último gran idioma al que faltaba traducir un relato en primera persona *best seller* en Alemania.

Marie murió en un hospital de Berlín oriental a los 76 años. Doce días antes y ya muy débil completó la última de las 77 cintas que grabó sobre su vida a petición de su hijo Herman. «En la Navidad de 1997 le regalé un magnetófono de bobina abierta para que hiciera lo que siempre decía que haría, contar tu historia. Y yo sabía que era entonces o nunca, así que le puse la grabadora sobre la mesa y le dije adelante. Esa misma noche grabamos más de una hora», recuerda Herman Simon en entrevista con este diario.

Simon ya conocía episodios de la vida en clandestinidad de su madre y por eso «no me sorprendió ni me escandalizó nada de lo que recogí en esas grabaciones. Mi padre, sin embargo, cuando nos poníamos a grabar se iba

de la habitación. Prefería no escuchar», afirma.

Marie cuenta que las condiciones de vida eran tan miserables que, al no poder utilizar los baños de quienes la cobijaban para no ser oída y vista, tenía que defecar y cocinar en el mismo cazo. Sola, en un retrete, a escondidas, abortó también tras ingerir el medicamento que le proporcionó un médico amigo. En otro momento, vagando sin hogar por la ciudad deja sus heces en un felpudo porque el nombre de su propietario tiene un anillo nazi.

Recuerda un momento en el que gritó: «Chaverim [compañeros], estoy encerrada aquí, en un apartamento lleno de bichos de un nazi... ¡Pero yo quiero vivir! ¡Estoy luchando, estoy haciendo todo lo posible para sobrevivir! ¡Shalom! ¡Shalom!».

El relato de Marie es una letanía de acontecimientos y cifras desprovista de emociones. «Son hechos y ahí radica su autenticidad», opina Hermann. Cuanta que su madre nunca se arrepintió o avergonzó de nada, y tampoco puede decir que esos años de clandestinidad, marcados por el hambre, los abusos y el miedo, determinaran su carácter. «No era una persona agria o atormentada. Nunca hizo referencia al pasado en cosas como por ejemplo no terminarse el plato de

Marie Jalowicz, la mujer cuya vida se cuenta en 'Clandestina', en una imagen del álbum familiar. EL MUNDO



LA VIDA IMPOSIBLE DE LOS JUDÍOS EN EL BERLÍN NAZI

Marie Jalowicz defecaba y comía en la misma olla para sobrevivir en tiempos de Adolf Hitler y lo cuenta en el 'best seller' alemán 'Clandestina', que llega ahora a España

comida», relata. De su carácter recuerda que siempre fue algo distante con la gente, su temple y su obsesión por la puntualidad. «Si salía por la noche siempre le decía que volvería más tarde de

lo que pensaba para darme un cierto margen, y aún así esperaba despierta», declara Hermann, el único de los dos hijos de Marie que sigue vivo. «Mi hermana murió, fue una verdadera tragedia»,

recuerda. Marie nació en el seno de una familia judía de clase media y alta. Su padre era abogado. Su madre gestionaba el bufete. Cuando los nazis llegaron al poder en Alemania en 1933 ella

tenía 11 años. En 1939 y ya huérfana de madre, comenzó la pesadilla. En 1940 fue reclutada para realizar trabajos forzados en Siemens. Allí conoció la segregación, a judíos y no judíos, que se resistían a la

opresión de los nazis compartiendo información o sabotando los productos que se veían obligados a fabricar.

Un día, al volver del trabajo, Marie encontró a su padre muerto en la cama. Tenía 17 años, estaba sola y sola se juró sobrevivir. Evitó la deportación haciendo creer al cartero que la Marie Jalowicz Simon que buscaba ya había sido deportada. Se hizo invisible a la burocracia nazi. Durante los tres años siguientes «tuve que andarme con cuidado y adaptarme a la velocidad del rayo a los hábitos y estilos de vida de cualquiera que me acogiera» y entre ellos hubo comunistas, prostitutas, artistas de circo y hasta un nazi sifilítico que se jactaba de su capacidad para olfatear a un judío. «Pagó generosamente por un pelo del perro de Hitler, que enmarcó y colgó en sus paredes. Incluso mientras escribo esto no puedo creer lo que estoy diciendo, pero todo es cierto», cuenta Marie en el libro.

Marie menciona direcciones y nombres, datos que a su hijo le costó 15 años verificar. «No había errado en nada», resalta Herman, historiador y director fundador de la Fundación Nueva Sinagoga de Berlín. Al final del libro, Hermann hace un registro de personas y sus respectivos destinos: «Helene Gutherz: se quitó la vida en 1934 en Berlín. Rosmarie y Hannelore Herzfeld; deportadas a Lizmannstad en 1941». Y así sucesivamente.

«Hice mi trabajo. En el Centro Judaico ayudamos a recuperar la identidad perdida. Hay judíos que tienen problemas para encontrar su partida de nacimiento o no recuerdan donde nacieron», dice. Sin pasado no hay identidad y esa fue la motivación de Hermann cuando regaló a su madre el magnetófono que tanto le costó conseguir. «Quería que dejara constancia de su vida, sin huecos en negro, sin olvidos», termina.

NO FUE DEPORTADA PORQUE HIZO CREER AL CARTERO QUE A LA MUJER QUE BUSCABA YA SE LA HABÍAN LLEVADO, CUENTA EN LA BIOGRAFÍA

MURIÓ 12 DÍAS DESPUÉS DE COMPLETAR 77 CINTAS MAGNETOFÓNICAS QUE SU HIJO LE PIDIÓ QUE GRABARA CON SU HISTORIA, A FINALES DE LOS 90